

ROBERTO
EMANUELLI

La vida son dos días

ENTONCES
BÉSAME



ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

CITA

DEDICATORIA

1. Y ADEMÁS SE NECESITAN ABRAZOS, DE ESOS QUE TE CALIENTAN EL CORAZÓN...

DÍA 730

2. ¡RÁPTAME Y LLÉVAME CONTIGO!

3. NO TERMINARÁ NUNCA, SIEMPRE VENDRÉ A BUSCARTE...

DÍA 1.896

4. YO SÓLO QUERÍA SER LA ÚNICA, LA ÚNICA EN TU CORAZÓN

5. ELLA ERA YA MI CASA

6. EL CIELO SE HABÍA VUELTO LOCO

DÍA 2.098

7. SI TIENE GANAS DE TI, NO SE VA

8. ¡DIOS, QUÉ GUAPA ERES!

9. CUENTOS

10. ¿TÚ Y YO JUNTOS?

DÍA 2.567

11. EL LUGAR MÁS HERMOSO EN EL QUE HE ESTADO ERES TÚ

12. CUANDO FUERA HAY SILENCIO, EN MI CORAZÓN HAY CAOS

13. IMPORTANTE PARA TODOS, ESPECIAL PARA NADIE

14. CUANDO TÚ ESTÁS CONMIGO, CONMIGO ESTÁ TODO EL UNIVERSO

15. ¿CÓMO ESTÁS?

16. SUEÑOS

DÍA 3.012

17. PIENSO EN TI. TE ECHO DE MENOS. TE AMO

18. QUÉ NO SER

19. SONIDOS

20. QUIEN NO TE ENCUENTRA TAL VEZ ESTÉ BUSCANDO EN EL LUGAR EQUIVOCADO

DÍA 3.897

21. CUANDO LAS PERSONAS SE VAN, ¿LUEGO VUELVEN?

22. PÁGINAS

DÍA 4.258

23. «CIERTAS NOCHES» EN FAMILIA

24. PARA SIEMPRE

25. TAL VEZ UN DÍA TE DESPIERTES EN MITAD DE LA NOCHE, BUSCANDO MI MANO

26. TE AMO

DÍA 4.803

27. ERES HERMOSA COMO LAS COSAS PROHIBIDAS

28. QUIEN TE BUSCA DE VERDAD TE ENCUENTRA

29. ¡EMBORRACHAOS DE BESOS!

30. ME GUSTAS

31. ¡ESTALLEMOS, HAGAMOS RUIDO!

32. ¿ME LLEVAS EN BRAZOS?

33. LAS COSAS QUE QUERÍA DECIRTE Y NUNCA TE HE DICHO

34. Y CUANDO TENGAS MIEDO, VOLVERÉ A ABRAZARTE

35. TU FLOR

DÍA 5.002

HACIA TU FELICIDAD

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Leonardo sólo ha tenido un gran amor en su vida. Se llamaba Ángela y se marchó sin dejar rastro al poco de dar a luz a su hija Laura, diecisiete años atrás. Desde entonces, Leonardo ha tenido muchas relaciones, pero ninguna de ellas ha conseguido conquistar su corazón.

Laura, en plena rebeldía adolescente, se aleja cada día más de su padre y, mientras sueña con descubrir la verdad acerca de su madre, se dedica a buscar el amor en blogs de internet.

El destino, tras recorrer océanos de distancia, será el encargado de proporcionarle las respuestas a todas sus preguntas al final de un sorprendente viaje. Un viaje que para Laura significará encontrar por fin el valor de amar y, para Leonardo, la fuerza para volver a hacerlo.

Apasionada, visceral, emotiva y totalmente sorprendente, La vida son dos días, entonces bésame es la maravillosa historia de amor que ha arrasado en Italia.

El ciclón italiano que te enamorará.

#LA VIDA SON DOS DÍAS



 Planeta

Me han preguntado por qué, a veces,
siento todavía tanta rabia.
He contestado que sólo es porque,
a veces, todavía pongo demasiado corazón.

A mi madre

1

Y ADEMÁS SE NECESITAN ABRAZOS, DE ESOS QUE TE CALIENTAN EL CORAZÓN...

15 de julio

El corazón de la gente no es algo que puedas comprender sólo porque dices que quieres hacerlo. Sería demasiado fácil..., hace falta mucho más. Hace falta valor. Hace falta tener miedo. Hace falta locura. Si no tienes miedo, significa que en realidad no eres consciente de dónde te estás metiendo, y si no estás lo bastante loco, nunca encontrarás el valor para superar el miedo. También hace falta poesía, mucha poesía. Porque la vida de quienes amamos necesita música y caricias. Y cuando su vida se rompe en mil pedazos, se necesita paciencia para recogerlos todos, para buscarlos en los rincones más escondidos, en los más oscuros, sucios y olvidados, con cuidado, dulzura, atención, para volver a colocarlos en su sitio, uno a uno. Y además se necesitan abrazos, de esos que te calientan el corazón cuando dentro hace frío, que apagan el miedo al futuro, que te hacen sentir menos solo, esos abrazos en los que te pierdes y te encuentras, en los que te escondes del mundo y, tal vez, también un poco de ti mismo, que te permiten llorar sin avergonzarte o dar explicaciones, que te impulsan a pensar que lo conseguirás, que todo irá bien. Todo irá bien.

Y puede que la nuestra, nuestra vida, también necesite música y caricias, y abrazos, sí, incluso cuando pensamos que no lo merecemos, incluso cuando nos echamos la culpa de cualquier error, incluso cuando nos decimos que podríamos haberlo hecho mejor, que podríamos haber dado más, así es, nosotros también necesitamos música y caricias. Y un abrazo sincero.

Mientras lo pienso, puedo oír a lo lejos las notas y las palabras de Marco Mengoni —*perché ti voglio bene veramente...*, «porque te quiero de verdad»—, y al mismo tiempo me dejo mecer por el sonido del agua del grifo, que fluye con fuerza en el lavabo y salpica. Llevo unos diez minutos encerrado en el baño, me he lavado la cara, varias veces, con agua fría. Me miro al espejo y veo a un hombre aterrorizado, sin valor. Sin locura. Sin música ni caricias. Sin poesía. Y sin nadie con ganas de abrazarlo ni ponerse a recoger los pedazos de su vida.

Pienso en lo que he dejado, en lo que ha desaparecido. Pienso en lo que he perdido, así, de repente, sin comprender, sin «sentir». Y en todo lo que no he podido conseguir a pesar de mis esfuerzos. Pienso por encima de todo en Laura y en lo que acabo de ver. Llegar a casa y sorprender a tu hija masturbándose es algo que te empuja a refugiarte en un lugar seguro, como cuando eras pequeño, dejando el mundo encerrado con llave fuera y tus pensamientos dentro; como cuando eras pequeño y te escondías debajo de las sábanas para volverte invisible, seguro de que así ningún monstruo bueno ni malo podría encontrarte, de que ninguna debilidad quedaría al descubierto, y ya nada podría hacer mella en la idea que te habías hecho del mundo, con todos sus horrores y sus maravillas aún por descubrir, comprender y dominar. La diferencia es que, con el paso de los años, la capacidad de asombrarse ante los monstruos y las maravillas va disminuyendo, se esfuma, sientes cómo se apaga en tus manos, en tu corazón, en la curva de tu sonrisa, cada vez más, bajo el peso del desencanto, de la desilusión...

«Ya es mayor, tiene casi dieciocho años —me repito—, es normal. Normalísimo.» Y, sin embargo, no es suficiente para mitigar el disgusto, más emotivo que moral, que me arde en el pecho. No colma ese vacío que me vuelve frágil y me aturde y que evoca los demonios que me destrozan la cabeza y el corazón. Su madre debería estar ahora aquí. Haría falta la presencia de una mujer. «¿Dónde estás, Angela? ¿Por qué no estás?»

Mientras tanto, el ruido del agua debe de haber velado el sonido de algunos avisos de mi teléfono. Son mensajes de WhatsApp de Giada y de Beatrice:

Giada: Leonardo..., eres una pasada en la cama y estás buenísimo, te lo digo en serio, pero también eres un cabronazo, mi querido mecánico y filósofo y no sé qué más... Sí, porque ¿tú qué eres? ¿Qué les cuentas a las que te tiras dos o tres veces, dedicándoles palabras bonitas y profundas reflexiones, antes de deshacerte de ellas para pasar a la siguiente?

Leonardo: Hola, Giada, lamento leer palabras tan hostiles. Yo dejé claro el hecho de que no quería comprometerme más allá de... En fin, me gustó hacer el amor contigo pero, ya sabes, tengo una hija y todo lo demás...

Giada: ¡No hables de hacer el amor, Leonardo! Por favor, al menos ahórrame eso. Lo que hicimos tú y yo fue follar. Echamos unos estupendos, maravillosos polvos, y ya está. Luego desapareciste. Como todos. ¡Eres como todos!

Leonardo: No sé qué decir... Lo siento... Espero que te vaya bien...

Giada: Yo sí sé qué decir: ¡vete a la mierda!

No contesto, ya estoy bastante desorientado con lo de Laura, mejor dejarlo estar...

Leo los mensajes de Beatrice:

Bea: Voy a ver a los Thegiornalisti, tocan en una antigua fábrica en la Tiburtina, ¿te vienes?

Leonardo: ¿Cuándo?

Bea: El jueves.

Leonardo: No puedo, he quedado con Matteo...

Bea: ¿Y qué? Venid los dos...

Leonardo: ¿Te parece de los que les gustan los conciertos de los Thejournalisti?

Bea: Mmm. Tienes razón, no... xD

Bea: Ayer hablé con Filippo para organizar una cena todos juntos, tú, yo, Laura, él, Matteo y Emanuela... ¿Recuerdas que dijimos de quedar en casa de uno de nosotros y preparar sushi?

Bea: Dice que se ha enamorado locamente, y esta vez también es la mujer de su vida... Lo de siempre, cada semana se enamora de una distinta... No crecerá nunca. Mientras no nos la traiga a la cena...

Leonardo: Pues tú saliste con él...

Bea: Es cierto, pero es que yo luego crecí...

Leonardo: Exacto.

Leonardo: Pero él es así.

Bea: En todo caso, podría proponerle a Laura lo del concierto, ¿qué te parece?

Leonardo: Sí, muy bien.

Bea: Oye, pero ¿qué te pasa? Estás en plan escueto...

Leonardo: No, nada, es que precisamente se trata de Laura. Luego te llamo y te lo cuento...

Bea: ¿Qué le pasa?

Leonardo: Nada, Bea, a ella no le pasa nada malo... Soy yo el que lo ve todo mal, debería ser mejor...

Bea: Pero ¿qué ha ocurrido?

Leonardo: Venga, te llamo luego o mañana y te lo cuento, pero ¡no es nada grave! O podríamos quedar un día de éstos, tú y yo, me gustaría mucho. De todos modos, dile lo del concierto, sabes que te adora, os adora a todos, pero especialmente a ti, ¡y le encantará ir contigo!

Bea: ¡Claro, después le escribo! Bueno, espero tu llamada, ¿eh?, cuento con ello. ¡Y, sí, nos vemos pronto! ¡Adiós, queridísimo amigo! #

Leonardo: Adiós... #

Beatrice es mi mejor amiga, una maravillosa criatura de treinta años con la que puedo hablar y abrimme como no hago con nadie más. Lo mismo le ocurre a Laura, y eso ya es un pequeño milagro. Bea es una de las personas más perspicaces y brillantes que he conocido en mi vida. Es psiquiatra en un hospital de la zona de Prati, se especializó el año pasado.

La conocí hace mucho tiempo, cuando salía con Filippo, tenía veinte años, era curiosa y alocada, intelectualmente libre y ecléctica. Muy pronto se convirtió en parte integrante del grupo, prescindiendo de la historia con Filippo, que acabó bastante deprisa y de un modo que nunca nadie ha llegado a entender. Por lo demás, tengo que admitir que jamás he comprendido cómo esos dos podían estar juntos, qué los hacía ser compatibles. Pero ¿acaso hay alguien que sepa explicar en profundidad las dinámicas de las relaciones, de las emociones, de los sentimientos? Hay cosas que suceden sin más, hay que tomarlas tal como vienen.

Salgo del cuarto de baño y voy hacia la puerta del dormitorio de Laura, la que hace unos minutos he abierto y he vuelto a cerrar casi de inmediato. Sólo he mirado durante un instante, un instante que me ha parecido una eternidad, el tiempo de hacer la pregunta más tonta y ridícula: «Laura, pero ¿qué haces?». Ella ha cerrado las piernas y se ha tapado con una almohada. Todavía se ha puesto más colorada de lo que ya estaba, y de golpe ha pasado de la excitación a la vergüenza y luego a la rabia y a la humillación. Tras un instante de titubeo, ha gritado: «¡Cierra la puta puerta!», casi llorando.

Ahora que vuelvo a estar al lado de su cuarto, la voz de Mengoni se oye alta y clara —*succede anche a noi di far la guerra e ambire poi alla pace...*, «a nosotros también nos sucede, hacemos la guerra y deseamos la paz»—. Llamo fuerte a la puerta y grito:

—¡Perdóname, Laura! Voy a preparar la cena, pensaba volver tarde esta noche, como te dije, pero han anulado el partido de fútbol. Nos estamos haciendo mayores, siempre hay alguien que se lesiona, o que tiene hijos, o suegros... Mmm... —Silencio. Continúo—: Perdóname...

Mientras espero una respuesta, me fijo en un papelito sucio y arrugado al pie de la puerta. Es su letra. Lo leo:

Algunas veces, de una manera un poco cómica, y un poco conmovedora, decidimos ser alguien o algo que no somos, que nunca hemos sido y que quizá nunca seamos. Porque nos venden una vida que no estamos en disposición de pagar, porque nos piden que digamos cosas en las que no creemos, o que nos identifiquemos con principios que no sentimos como nuestros, con ideas alejadas de nuestro corazón, porque nos dicen que todas esas imperfecciones no nos quedan bien, y que con todas esas sombras nos falta colorido...

No, no puede perdonarme. A los diecisiete años no perdonas a tu padre por haberte sorprendido con las piernas abiertas mientras intentas ser lo que eres.

Al cabo de unos segundos más de silencio, durante los que el volumen del equipo de música ha bajado brusca-mente:

—¿No podrías haber llamado? ¿Por qué abres sin pedir permiso, joder?

—Tienes razón, iba distraído, no me he dado cuenta... No volverá a ocurrir —contesto. Y dejo el papel en el suelo, donde lo había encontrado. Entonces pregunto—: ¿Te apetecen unos huevos?

La oigo resoplar.